

RAFAEL ARGULLOL

DANZA HUMANA

BARCELONA 2023



A CANTILADO

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S. A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 636 956
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© 2023 by Rafael Argullol Murgadas
© de esta edición, 2023 by Quaderns Crema, S. A.

Derechos exclusivos de edición:
Quaderns Crema, S. A.

En la cubierta, *Disminuir y ascender* (2013),
de David McCracken

ISBN: 978-84-19036-52-0
DEPÓSITO LEGAL: B. 8324-2023

AIGUADEVIDRE *Gráfica*
QUADERNS CREMA *Composición*
ROMANYÀ-VALLS *Impresión y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *mayo de 2023*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

CONTENIDO

I. Libro de la verdad	7
II. Libro de la restitución	133
III. Libro del desprendimiento	263
IV. Libro del enigma	393
V. Libro de la jovialidad	501
VI. Libro de la divinidad	597
VII. Libro del antagonismo	669
VIII. Libro de la afinidad	749
IX. Libro de la luz	823
X. Libro de la libertad	931

Nuestra realidad son los recuerdos, los sueños, los pensamientos, las premoniciones, los deseos, los mitos, las sensaciones, los juegos, las emociones. Todo, a excepción de lo que los otros proclaman que es nuestra realidad.

I
LIBRO DE LA VERDAD

UN DIOS QUE RÍE

En el principio, si es que hay un principio. Dios ríe con sonoras carcajadas. Tras la primera carcajada sobreviene la explosión que incrusta fuego en los corazones. Tras la segunda carcajada se expande la inundación que baña con agua los corazones. Tras la tercera carcajada aparece la mente que debe calibrar los efectos de la explosión y de la inundación. Tras la cuarta carcajada surge el escenario que todo lo abarca y la materia prima de todos los argumentos. Tras la quinta carcajada el azar sobrevuela el mundo. Tras la sexta carcajada nacen el tiempo y los momentos decisivos que luchan contra el tiempo. Tras la séptima carcajada, acompañada esta última de un sollozo, sale el alma al escenario. Hay una pausa. Empieza la representación. Hay un silencio. Acaba la representación.

9 de mayo de 2019, Barcelona. Tengo en mi cabeza una versión modificada de la misma escena. Dios ya no es invisible sino que es una sombra que baila. Ríe y baila simultáneamente. Con sonoras carcajadas y veloces movimientos. Pero el efecto es el mismo. Corazones incendiados y luego apaciguados. Una mente condenada a percibir la alternancia permanente de fuego y agua. La eclosión de las formas y de los relatos. El juego sin reglas del azar. La gravedad del tiempo y la ligereza de los instantes que se rebelan contra su tiranía. Los pasos torpes del alma sobre el escenario. La pausa. El inicio. El silencio. El fin.

Y, por supuesto, en mi cabeza tengo, a estas alturas, muchas otras narraciones de esta historia. Dios no ríe ni baila sino que pinta, escribe, construye, copula, compone música o simplemente calla mientras trabaja frenéticamente. Dioses

pintores, poetas, arquitectos, fornicadores, músicos, dioses callados que liberan el estrépito del mundo. Dioses alegres y dioses lúgubres como una tiniebla que todo lo envuelve. Naturalmente, en mi cabeza también está, cabeza moderna, el carácter superfluo de todos esos dioses y aún más, de sus arbitrarias creaciones. Mi cabeza, como probablemente la vuestra, no necesita estos cuentos del pasado que han arrasado millones de pensamientos hacia el error.

O quizá sí. El dios de las siete carcajadas, si además danza mientras ríe, me parece una buena explicación para lo inexplicable, al menos, claro está, para mí. Ya no sé de dónde he sacado este juguete divino. Un dios egipcio, creo, que inconscientemente he ido moldeando en mi imaginación. No aspiro que sirva a otros. A mí me sirve cuando el ocio de la razón nos permite cierta libertad. El fuego, el agua, la extraña actriz a la que llamamos conciencia, la caja de los relatos, el azar siempre impenetrable, el tiempo y sus heridas, y la existencia desplegándose en su violenta contradicción, el alma. Ahí, pienso, está todo lo que cuenta. Las siete carcajadas. Y la pausa antes del inicio, y el silencio que precede al final.

TRAVESURAS DEL DIABLO
EN LA PRIMERA MITAD
DEL SIGLO XXI

11 de mayo de 2019, Barcelona. De los avatares de Dios, el dios reidor y bailarín es el que más me convence. Pero ¿y el diablo? En nuestra imaginación no hay dios sin diablo, como no hay paraíso sin infierno. Del paraíso sabemos poco, aunque hay días en que creemos habitarlo; del infierno lo sabemos todo desde que el más parlanchín y próximo de los demonios, el burlón Mefisto, lo declaró abiertamente durante su presentación en Inglaterra: «El infierno está donde estamos nosotros». Esto ocurrió de la mano de Christopher Marlowe en 1592 y desde entonces las circunstancias no han variado mucho. Construimos desordenadamente, a trompicones, el paraíso, temiendo siempre perderlo, y, en cambio, nos esforzamos concienzudamente en construir el infierno, temerarios a veces, obcecados siempre.

Pero ¿y el diablo? Como nos sucede con Dios, sabemos que no existe y, sin embargo, lo sentimos cercano, muy cercano. Es el perfecto anfitrión en el baile de disfraces y el que va engalanado más adecuadamente para cada época. Al igual que ocurre con los avatares de Dios, cada uno de nosotros tiene su propia idea sobre las máscaras del diablo, aquellas que más le desconciertan, o que más le irritan, o que le producen mayor impotencia. Por algo el diablo no es otra cosa que el gran negador de nuestros anhelos. El Gran Negador. La vida carece de significado o tiene un significado risible.

Por eso muchas veces, en la mascarada, desfilan diablillos a los que atribuimos nuestras decepciones. Secuestran, en nuestra fantasía, las ilusiones: y así hemos visto, a lo largo de nuestra vida, a aquellos que llevaban la careta de psicólo-

gos—secuestradores de pensamientos—, y de políticos—secuestradores de ideales—, y de sacerdotes—secuestradores de creencias—, y de pedagogos—secuestradores de enseñanzas—, y de periodistas—secuestradores de palabras—, y de artistas—secuestradores de emociones—, hasta integrar en el círculo a todos los actores, incluidos nosotros, secuestradores de nuestra propia identidad.

Con todo, no hay diablos más eficaces que los que secuestran nuestras esperanzas o las sitúan en un lugar inalcanzable.

Estos diablos, según he comprobado, actúan a través de personas de buena fe, de moral intachable, sabios a menudo. Si lo hicieran valiéndose de pervertidos y libertinos, insinuando todavía la pezuña del fauno, no tendrían eficacia alguna en una época en la que la perversión y el libertinaje se han convertido en producciones en serie al alcance de todos.

No es el mal lo que nos vence sino lo incomprendible y, aún más, lo que, comprendido, nos hace impotentes. Antes o después, el mal puede ser derrotado, pero el conocimiento que nos abre las puertas de la nada, sin darnos las instrucciones para volver a cerrarlas, ése sí es un peligro definitivo.

Mi diablo, el que más llama mi atención, el que más me desarma, se encarna en hombres discretos, cultos, dedicados al bien de la humanidad. Me gustaría que fuera el Señor de las Moscas, el Gran Tentador, el Ángel Caído, aquellas figuras que causaban pavor a la conciencia y proporcionaban entretenimiento a la poesía. Hoy el diablo, siempre sarcástico, se apodera de apariencias serias, benéficas, irreprochables. Veamos, en el guñol, cómo se vale de los razonamientos de tres hombres sabios, especialistas en algunos de los saberes más respetados de nuestro tiempo.

PRIMER ENMASCARADO

Ahora lleva el disfraz de un astrofísico y me habla con mordadidad de sus conclusiones.

—¿Te acuerdas? Yahvé le dice a Adán: «Te puse en el centro del mundo para que pudieras elegir libremente y pudieras esculpirte según tu voluntad». O esto creyeron los alegres humanistas de Florencia que el severo Yahvé había dicho a su desconcertada criatura. ¿No te parece maravilloso? El hombre en el centro del mundo ¿No te parece gracioso? Lo incomprensible es que aún alardeéis, los seres humanos, de esto sabiendo ya lo que sabéis. Pese a vuestra ignorancia, sabéis demasiado para mantener esta patraña. ¡Pero la mantenéis porque la necesitáis! ¡Sois impostores a causa de vuestro terror! Hace cinco siglos que el pobre Tasso ya escribió los versos que más os definen: sois granos de arena en una infinita playa deshabitada. Desde entonces los poetas lo han venido repitiendo como talentosos monos de repetición. ¡Un grano de arena perdido en el infinito! Lo sabéis y acto seguido lo olvidáis, y simuláis ser el centro del mundo. Impostores. Fingís para sobrevivir.

—Ven aquí—me dice el diablo enmascarado de astrofísico—, voy a complacerte en tu impostura. Te permitiré, por un rato, ser el centro del mundo. Mira a tu alrededor. La distancia que te separa del extremo del universo visible es, más o menos, de cuarenta y seis mil quinientos millones de años luz. Haz uso de tu imaginación y sitúate en el centro de una esfera cuyo diámetro tiene unos noventa y tres mil millones de años luz. ¿Quieres que te lo diga en kilómetros? Ocho-cientos ochenta mil trillones de kilómetros. ¿Puedes imaginarlo? Es difícil, ¿verdad? Más difícil aún es sentirte el solitario huésped de esa esfera monstruosa.

Continúa, feliz, su discurso:

—Es peor, amigo. El universo que creemos ver es una ínfima parte del que no vemos. No tenemos números para abarcarlo. Además, acabada la ficción, ya no puedes mantenerte en el centro de ninguna esfera. La tierra, vuestra patria, es un minúsculo planeta periférico en una pequeña galaxia periférica. Y ¿qué se podría esperar de vosotros, los hombres, que habitáis ese islote perdido durante un período de tiempo que no merece llamarse un instante? Nada o, al menos, un poco de humildad. Y sin embargo, frutos de una pura soberbia, nunca la tenéis. Generación tras generación sois los seres más envanecidos que pueda concebirse hasta que expiráis y os desvanecéis sin darme a mí el descanso que merezco, siempre atento a mi labor de deshacer vuestras quimeras.

SEGUNDO ENMASCARADO

Sin transición, haciendo honor a su fama de trabajador, el diablo cambia de disfraz, o quizá es un nuevo diablo el que irrumpe en la mascarada pues, como nos pasa con lo divino, cuando no sabemos si los dioses son muchos, uno o ninguno, no tenemos ni idea de si los diablos son múltiples o hay un solo ejemplar o únicamente son la consecuencia de nuestro desvarío.

Sea como fuere, ahí está, tan erudito como en su papel de astrofísico aunque con la careta de un biólogo, pero no de un biólogo cualquiera sino de un genetista, el imponente descifrador de los jeroglíficos de la vida, el detective que indaga implacablemente en nuestros secretos. Cambia de disfraz aunque su tono es tan socarrón como cuando se cubría con el antifaz del astrofísico. Primero hace de actor y, después, como buen científico, recurre a las estadísticas para demostrar la elevada calidad de sus afirmaciones. Me propone un juego:

—Estamos en Atenas—proclama enfáticamente—, en el teatro de Dioniso, mientras transcurre el año 441 antes de Cristo. La noche es cálida, con una agradable brisa procedente del mar. Tú y yo somos atentos espectadores de lo que canta el coro de ancianos: «¡Muchas cosas prodigiosas existen y, con todo, nada es más prodigioso que el hombre!».

Estás emocionado. Y yo también lo estaría si el diablo pudiera emocionarse. Sin embargo, debo interrumpir tus sentimientos. Tenemos que viajar. Te llevo conmigo a otro tiempo, a otra ciudad. Ya estamos en el año 1609, en Londres, en el teatro The Globe, esta vez escuchando lo que dice un desdichado príncipe danés: «¡Qué obra maestra es un hombre! Qué noble en su razón, qué infinitas sus facultades, qué

perfecto y admirable en forma y movimientos, qué parecido a un ángel en sus actos».

También te emocionas. Los seres humanos siempre os emocionáis cuando alguien, para consolaros, os habla de vuestra grandeza tras haber aludido a vuestra insignificancia. Podría llevarte por muchos teatros de muchas épocas. La fórmula que se utiliza en la representación es siempre la misma: un poco de grandeza que disimule tanta insignificancia. Gracias a eso, al salir de la función, pensáis que, pese a todo, el hombre es la medida de todas las cosas. ¡Qué gran error! Ahora te llevaré al gélido teatro de las cifras para demostrártelo.

El diablo con la piel del genetista se revuelve y abandona el tono enfático. Alterna la seriedad con las amplias sonrisas del que maneja datos irrefutables:

—El hombre es la medida de las cosas. ¡Qué error! O quizá no, quizá sea una gran verdad mal utilizada. Sí, sois una medida, pero no en el sentido que habéis proclamado durante milenios sino en otra dirección. Observemos vuestro genoma, que todo lo dice acerca de vosotros, y observemos el genoma de tantos hermanos que os rodean. Compartís con el gato un noventa por ciento de vuestro genoma. ¡Con el gato! ¿Esto os resulta ofensivo? Algo tal vez, pero, no exageremos, tampoco mucho. Al fin y al cabo, cada vez con mayor frecuencia amáis más a los gatos que a vuestros semejantes humanos. Además, ¿no fue el gato sagrado en el antiguo Egipto? Un noventa por ciento con el gato no está mal después de todo.

El genetista, o el diablo, sonrío:

—Menos os agrada averiguar que compartís el cincuenta por ciento de vuestro genoma con la mosca del vinagre. ¡Ahí sí torcéis el gesto! ¿La mitad de nuestro destino está pegado a la mosca del vinagre? Eso sí es francamente humillante. Sin embargo, no tenéis razón y sois desagradecidos. Gracias a la mosca del vinagre, a la querida *Drosophila*, nosotros, los genetistas, hemos avanzado mucho en la exploración del alfabeto de la vida. Con lo que averigüemos en la hermana mosca

os curaremos de enfermedades actualmente incurables. Debéis estar agradecidos. Un cincuenta por ciento con la mosca del vinagre no está mal después de todo.

El diablo, o el genetista, se entusiasma con sus razonamientos:

—¿Y qué me decís del gusano? Os sorprendéis: ¿cómo el gusano, ahora nos vienes con el gusano? Sí, sí, el gusano, ¿no queréis saber lo que compartís con el gusano? Oigo susurros. ¡Compartís con él un cuarenta por ciento de vuestro genoma! Oigo murmullos: inadmisible, inadmisible, ¿dónde queda nuestra dignidad en el seno del cosmos? Os equivocáis de nuevo. ¿Qué hubiese sido de vosotros sin los gusanos? Año tras año los cadáveres se habrían amontonado, los muertos habrían tomado al asalto el mundo de los vivos. Habéis sobrevivido porque los gusanos han cumplido su misión. Es cierto, es cierto. Un cuarenta por ciento con el gusano no está mal después de todo.

Mi interlocutor concluye, satisfecho:

—Dejemos el mundo animal, sobrevolemos el prodigioso territorio de las plantas y aterricemos en un grano de arroz. Os conozco: tembláis. Tenéis miedo de que vuestra dignidad cósmica se enfangue en un arrozal. ¡Con un grano de arroz no, por favor! ¡No seáis injustos! Deberíais estar contentos de compartir un veinte por ciento de vuestro genoma con un grano de arroz. ¿No habéis devorado millones y millones de ellos en una acción que, ahora lo sabéis, tiene un veinte por ciento de canibalismo? Os habéis alimentado con vuestros diminutos hermanitos y esto os debería mover a una permanente gratitud. Visto así, no podéis negarlo. Un veinte por ciento con el grano de arroz no está mal después de todo.

No, no está mal. Simplemente es otra perspectiva. Sólo hay que acostumbrarse a ser, en parte, grano de arroz, gusano, mosca o gato del mismo modo que tenemos que acostumbrarnos a vivir en el barrio más periférico de nuestra galaxia, una pequeña ciudad de provincias en el imperio del universo.

—Tenéis vuestros recursos, no hay que desanimarse—dice de pronto el diablo en medio del baile de disfraces—. Sois más poderosos que nunca, o al menos así os lo parece.

TERCER ENMASCARADO

Aparece ante mis ojos una tercera máscara del diablo. También corresponde a un gran experto sobre nuestro futuro. Sus habilidades: la robótica y la inteligencia artificial, las especialidades acaso más sagradas de nuestra época, junto al desciframiento de genes.

—Si te olvidas del grano de arena y del grano de arroz, fugaces metáforas, puedes sentirte como un nuevo dios—manifiesta solemnemente el diablo con cara de ingeniero, profesional, por tanto, de los ingenios.

Se explica con contundencia mientras se recoloca la máscara:

—Pronto llegaréis a cumbres que no habíais soñado o que, si habíais soñado, no estabais en condiciones de escalar. Estáis a punto de construir robots tan perfectos que las nuevas criaturas en nada se distinguirán de vosotros mismos. Primero tendrán vuestra apariencia aunque sin vuestras insuficiencias y enfermedades; luego tendrán vuestra alma, con ideas, sentimientos, emociones. Durante un tiempo serán vuestros servidores, sumisos y eficaces. Os sentiréis dioses que han creado hijos a su semejanza. Ellos os adorarán, reconociendo vuestro poder; ellos trabajarán para que podáis tener largas jornadas de ocio. Durante un tiempo será así, pero ¿y luego?

Carraspea y parece meditar antes de proseguir:

—Pero ¿y luego? ¿Y si van más allá? ¿Y si se rebelan? En vuestras pesadillas, que os habéis contado en libros y películas, ya habéis expresado vuestro terror. Tal vez soñáis con batallas épicas contra vuestras propias criaturas, propensos como sois a guerrear. Sin embargo, podría ser peor, podría ser, como predica uno de vuestros científicos más afamados, que vuestras invenciones llegaran a ser tan superiores a vo-

sotros que os redujeran a ser sus animales de compañía, de modo que os pasearan de aquí para allá como sus mascotas. Ellos serían entonces los seres humanos y vosotros las bestias; ellos, los amos, y vosotros, los esclavos.

Finaliza con una afirmación seca y contundente:

—En realidad ya sois esclavos y nunca habéis dejado de serlo.

IGNÓRATE A TI MISMO

13 de mayo de 2019, Barcelona. Tampoco hay que dejarse impresionar mucho por las carcajadas de Dios o por las fanfarronadas del diablo. La mascarada es una mascarada permanente: dioses y diablos desfilan por nuestro interior a lo largo de toda nuestra vida y, en una metamorfosis continua, adquieren, a cada instante, el aspecto que nuestros deseos y temores esculpen. Hasta en el breve espacio de un solo día podemos tener una percepción vertiginosa de los cambios que se suceden.

Somos únicamente nuestros deseos y nuestros temores, y mientras seamos sólo una frágil combinación de deseos y temores siempre existirán, agazapados, dioses y diablos, sombras que juegan incesantemente en un espejo, por más que la soberbia o la estulticia hayan proclamado, para nuestra época, la muerte de Dios o la superfluidad del diablo. Deberían cesar el deseo y el temor para llegar a estar realmente solos. Mientras aquéllos continúen, aunque sea tenuemente, estamos acompañados.

Creo que he experimentado deseo o temor, y más frecuentemente deseo y temor, durante toda mi existencia: a cada hora, a cada minuto, a cada segundo. Cuando eres niño y tienes miedos y deseos desordenados, todos intentan convencerte de que en la edad adulta los deseos se ordenan y el miedo se vence, y no obstante luego, cuando al fin, tras tantos consejos, llega la confusa edad adulta, el miedo se acrecienta y los deseos se vuelven todavía más caóticos. El conocimiento de las cosas es fascinante pero no responde a las promesas que se habían depositado en él; el conocimiento de uno mismo es, probablemente, el mayor deber para con la vida, pero pronto adivinamos, con sorpresa al principio y luego

con melancolía, que es un camino hacia ninguna parte. Lo cual, por supuesto, no disminuye el hechizo y la belleza de los caminos que no conducen a ninguna parte.

25 de octubre de 2005, Delfos. Cuando llego a las columnas de lo que fue el templo de Apolo la lluvia ha cesado y el sol, clavado entre dos grandes nubes moradas, enrojece las cimas de los montes Flemboukos y Rhodini. Los escasos visitantes, dubitativos por el clima imprevisto, van todavía con los paraguas abiertos. Me acerco a tocar una de las columnas pese a que no sé si está prohibido. Siempre, cuando tengo la ocasión, me acerco a tocar las piedras antiguas. Me tranquiliza. Creo que es precisamente su antigüedad lo que me tranquiliza y me protege de lo que está aún nerviosamente vivo.

Estuve aquí hace treinta años y probablemente hice lo mismo, con esta o con otra columna. Entonces yo era muy joven y era agosto, hacía un calor sofocante y estaba rodeado de un ejército de turistas. Quizá, como hoy, trataba de imaginar dónde, exactamente, debía de estar la inscripción que presidía el frontón del templo. Y además es muy posible que entonces, con la presunción de la juventud, estuviera convencido de su significado.

Conócete a ti mismo: en este momento, algún profesor debe de pronunciar la frase ante sus alumnos, y algún charlatán debe de presumir de ella ante sus adeptos, y algún experto en autoayuda recurre a su magia para vender el producto, y hasta algún bienintencionado padre de familia la recita ante su escéptico hijo atolondrado con la adolescencia.

¡Conócete a ti mismo! Es posible que entonces creyera comprender su significado: avanza, avanza, sin retroceder nunca, hasta ver tu rostro reflejado en la superficie del mar. Era una buena idea y, aunque no fuera fácil, parecía posible.

Trato de imaginar dónde estaba el frontón del templo. Todos los que habían acudido a Delfos en busca de oráculos

debían enfrentarse, antes o después, con la inscripción. El pozo de la Pitia estaba muy cerca. Ahí se situaba, aterrador y maravilloso, el ombligo del mundo. Contemplando el cielo encapotado y el sol sobreviviendo dificultosamente entre los enjambres de nubes uno puede creer dócilmente que está en el centro del mundo.

Pero, roto el sortilegio, sé que no estoy en él ni comprendo en absoluto el significado de la gran inscripción. Entonces tampoco lo comprendía pero disimulaba mejor. Es curioso: parece que me ocurre lo contrario de lo que se pronostica para el paso de los años. Yo me disimulo a mí mismo cada vez peor.

Empieza a lloviznar de nuevo cuando trato de buscar una adecuación de la frase. Conócete a ti mismo, esto es seguro, no es ir acumulando conocimientos como el avaro colecciona posesiones. Sé de muchos desdichados que lo han hecho, sin resultado o con resultados catastróficos. Probemos otro sendero: lucha contra ti mismo. No me convence pero es un adelanto. Probemos otro: conócete a través de los demás. Tampoco es una solución aunque es un avance. Y otro aún: concíliate contigo mismo. Es un buen paso sin duda, si bien, insuficiente. La lluvia arrecia y no llevo paraguas. Salgo corriendo a buscar refugio. ¿Y si fuera, en realidad, ignórate a ti mismo? ¿Y si fuera que llegar a ignorarse a uno mismo sea el más alto grado de conocimiento que podemos alcanzar? Diluvia sobre Delfos.